

Una breve crónica del ecologismo en México

GABRIEL QUADRI DE LA TORRE*

INTRODUCCIÓN

Es difícil —quizá imposible— para quien ha participado activamente en el ecologismo mexicano, llevar a cabo un examen imparcial y frío del desarrollo, ascenso y estado actual de este fenómeno social. Por ello, vale más advertirlo de antemano, se propone el siguiente texto sólo como un testimonio que busca contribuir a entender las fuerzas motoras que lo animan, así como sus alcances.

Es difícil definir lo que se conoce como ecologismo, ya que el término abarca una colección abigarrada de posiciones políticas y teóricas, así como actitudes y activismos sociales. Este concepto ha llegado a ser denominador común de fenómenos tan heterogéneos como la militancia espontánea y genuina, la investigación científica rigurosa, el quehacer de diferentes entidades en materia de medio ambiente, la preocupación activa de individuos o grupos sociales, e incluso, de grandes frivolidades, búsquedas económicas expresas y oportunismos políticos.

De ahí que resulte estéril intentar una definición precisa, por lo que hemos de conformarnos con un significado intuitivo, coincidente con la voz popular y con las referencias que los ecologistas hacen de sí mismos. Lo único que puede afirmarse con certeza, es que el ecologismo ha desbordado su centro de origen y comienza a abarcar, aún tímidamente, zonas cada vez mayores de nuestra densa trama de relaciones y expectativas sociales.

* Dirección General de Reordenación Urbana y Protección Ecológica, D.D.F.



SURGIMIENTO

El ecologismo tiene en México raíces tan lejanas como nuestra propia historia y se desarrolla con relativa rapidez en los últimos años. Aunque en parte lo sea, no debe verse sólo como una caprichosa y difusa fuerza social, sino como un espacio de reflexión, compromiso y solidaridad con la tierra y con las futuras generaciones.

Son muchas y muy diversas las condiciones y factores que catalizaron la actividad ecologista en México; algunas nunca podrán ser correctamente identificadas o interpretadas. Sin embargo, es interesante fijar algunas coordenadas que nos permitan ubicar este movimiento y comprenderlo críticamente, con objeto de contribuir a una mejor actuación futura de los "ecologistas".

Resulta inevitable reconocer que la modernización de nuestra sociedad conforma un telón de fondo para el ecologismo, como también lo es la incapacidad manifiesta de las instituciones corporativas tradicionales y de los partidos políticos por generar ideas e iniciativas en torno a la problemática ambiental.

La modernización ha significado una mayor heterogeneidad de intereses y el descubrimiento —para muchos— de un mundo increíblemente complejo; al mismo tiempo, el Progreso y el Desarrollo, como objetos de culto y fin último, se han desacreditado ante nuestros ojos, al constatarse sus desmanes sociales y ecológicos.

Hacia los albores de la década de los setenta, diversos hechos nos llevaron a cuestionar el modelo de vida establecido; comenzó a advertirse que el camino no era el esperado; el progreso y el desarrollo no cumplían sus promesas: la desigualdad creció y la dependencia se agudizó, al tiempo que se aceleraba una degradación implacable de la base material de la Nación —los ecosistemas y sus recursos— y de la calidad de vida de amplios grupos de la población. Durante esos años, personalidades del mundo académico, como Arturo Gómez Pompa, asumieron actitudes de gran pundonor y significado histórico, al rechazar los tristemente célebres des-

montes de Uxpanapa, Veracruz, que destruyeron irresponsablemente uno de los más importantes reductos de selva tropical perennifolia de nuestro país. Su mensaje permaneció latente, ante la ausencia de una conciencia ecológica colectiva.

Para entonces, las grandes convulsiones sociales y de pensamiento, que ocurrieron durante 1968 en Europa, Norteamérica y México, habían fructificado. Se desarrollaron nuevas ideas, entre ellas algunas que propugnaban por la revalo-



rización de principios que parecían perdidos: estabilidad, conservación, autonomía, autosuficiencia. En poco tiempo, se derrumbaron viejos fetiches y confortables esquemas ideológicos. Llegamos así al fin de los destinos determinados por leyes "científicas", atisbando las primeras luces de la modernidad —o incluso de la posmodernidad, como dirían algunos, con razón. Había que empezar a pensar en todo al mismo tiempo, rebasando el reduccionismo científico y político.

Por esas grietas de las antiguas fortalezas ideológicas, irrumpió la Naturaleza como una nueva dimensión, lo que se re-

flejó en diferentes foros internacionales y en legislaciones aún tímidas. Comenzó entonces a ser reconocida como una nueva variable y una referencia obligada para los proyectos humanos; reclamó enérgicamente su papel en la historia del mundo, que le había sido expropiado por un antropocentrismo excesivo.

Sin embargo, la tarea no ha sido fácil; la intervención de la naturaleza complicaba todo; no cabía en los modelos habituales de los economistas, de los sociólogos y de los técnicos; empezó a generar una aguda sensación de incomodidad en diferentes *ghettos* del conocimiento y de la práctica política.

Durante la segunda mitad de los setenta, Europa literalmente reverdeció con pensadores como André Gorz, Rudolph Bahro y Dominique Simmonet, con nuevos movimientos sociales, partidos y listas electorales ecologistas. Sus ideas volaron por el mundo, aterrizando en México sobre zonas cada vez más abiertas al nuevo influjo. Algunos investigadores, como Víctor Manuel Toledo, y otras personas de su área de influencia intelectual, las recogieron y trataron de confrontarlas o amalgamarlas con inquietudes específicas de conservación de la naturaleza. La ecología, como disciplina científica, aportaba un saber insustituible y un método sistemático y globalizador. El éxito de este formidable esfuerzo intelectual todavía no se concreta, y, a pesar de ser un fértil caldo de cultivo, su aún escaso desarrollo limita el discurso y las posibilidades reales de actuación social del "ecologismo".

Al inicio de la década de los ochenta, en México y en casi todos los países del Tercer Mundo, la devastación del ambiente se tornaba escandalosa e insostenible; fueron fácilmente refutados los argumentos económicos y sociales que intentaban justificarla. El saldo resultante son millones de hectáreas de bosques y selvas desforestadas y erosionadas, cuencas hidrológicas contaminadas y exhaustas por la sobreexplotación; aglomeraciones urbanas nunca imaginadas, cuya calidad de vida cayó hasta niveles increíblemente bajos; envenenamiento de la atmósfera y extinción masiva de especies animales y vegetales, así como miles de

campesinos desposeídos y expulsados por la miseria, que pasaron a engrosar las filas de la marginación en las grandes metrópolis.

Al mismo tiempo —sobre todo en las ciudades— la indiferencia se convirtió en curiosidad y asombro, y más tarde en preocupación de algunos e indignación de otros. Se buscó todo tipo de explicaciones: la corrupción; el afán de lucro de los capitalistas locales y foráneos; la maldad intrínseca del hombre; la ignorancia y la incultura; la incapacidad técnica. Algunos buscaron estas explicaciones en las estructuras sociales y económicas vigentes, en las modalidades del desarrollo y la industrialización y en la falta de instituciones y leyes adecuadas. Para ello contaron con el marco integrador de la ecología, con el que se pudieron interpretar los fenómenos sociales en relación con el ambiente y los ecosistemas; en algunos círculos se comenzó a hablar de "ecología política", incluso años más tarde, se fundó la revista *ECOLOGÍA política/cultura*, que cubriría el desarrollo de una época fundamental del ecologismo mexicano.

La preocupación y el interés que se despertó, hizo que muchas personas comenzaran a buscar lecturas especializadas en ecología y procesos ambientales, y la opinión pública empezó a escuchar con profusión términos antes reservados para uso exclusivo de la academia. En principio, salvo excepciones notables, los sectores académicos recibieron estos acontecimientos con un escepticismo gélido e incluso, respondieron con malestar ante el "mal uso" que la voz popular daba a las palabras.

La modernización de la sociedad mexicana y la consecuente diversificación de actores e intereses ya era un hecho irreversible, y algunas personas pasaron de la preocupación contemplativa a la actividad real; esto es a la política desarrollada desde pequeños grupos urbanos. Así nació el ecologismo, tal como lo conocemos hoy. Aunque el hecho puede ubicarse entre 1982 y 1983, tiene como precedente algunas luchas importantes ocurridas a finales de la década pasada, como la de las comunidades ribereñas en contra de un reactor nuclear experimental que se pretendía instalar junto al lago de Pátzcuaro, o como la de los vecinos de la Colonia del Valle —"Brigadas Verdes"— contra la mutilación de su entorno, consumada por los ejes viales en la Ciudad de México.

Las primeras manifestaciones callejeras, declaraciones y publicaciones fueron



recibidas con avidez por la prensa y los demás medios de comunicación, lo que dió resonancia a sus acciones. La opinión pública, turbada por la crisis ecológica, empezó a demandar información y discusión más amplia en torno a los temas ambientales; las propias autoridades respondieron con cierta curiosidad al llamado de los ecologistas. Evidentemente, las instituciones y partidos eran incapaces de acoger y encauzar las nuevas actitudes sociales, lo que determinó que fueran rebasados por el nervioso quehacer de los ecologistas.

DESARROLLO

Los ecologistas encontraron de inmediato aliados fáciles y compañeros de viaje hasta entonces no reconocidos, con los que eventualmente chocaron o se enriquecieron y confrontaron sus puntos de vista, en una especie de *happening* que, hacia 1984, se denominó la Red Alternativa de Eco-Comunicación. Ahí participaron tecnólogos alternativos, antinucleares, conservacionistas a la usanza norteamericana, naturalistas, grupos de promoción vecinal, naturistas, buscadores de experiencias trascendentales (meditadores y gurús), desencantados de las organizaciones de izquierda, amas de casa participativas; en fin, muchos individuos que escapaban al encasillamiento político; también se encontraron y a veces se confundieron —ellos mismos y la

opinión pública— con algunos notables *freaks*, resentidos de tiempo completo y oficialistas con oscuros financiamientos. Como resultado de ello la mezcla era altamente inestable y tendía a la separación y diferenciación.

El entusiasmo adolescente y la inexperiencia política, impidieron a los ecologistas reconocer en tan extrema diversidad las incompatibilidades y contradicciones que más tarde pondrían fin a una primera etapa del ecologismo mexicano.

Las banderas de la Red Alternativa pasaron con rapidez de las reivindicaciones locales a luchas de mayor envergadura, sin que nadie reflexionara con detenimiento sobre las diferencias de escala y sus desproporciones con respecto a la magnitud real del ecologismo como "fuerza social". El agotamiento y la dispersión de esfuerzos terminarían por abrirle huecos que no podrían ser rellenados.

En noviembre de 1985 se celebra el Primer Encuentro Nacional de Ecologistas, que, sin quererlo, aprovechó la energía social liberada con los sismos de septiembre del mismo año. Tuvo un gran significado, ya que por primera vez se congregaron los ecologistas a discutir, con cierto rigor, las ideas comunes y la posibilidad de construir un movimiento más articulado.



De inmediato surgió la antinomia entre eficiencia y horizontalidad, saliendo a escena los conflictos entre los liderazgos naturales y la desconfianza que veía asomarse las garras del "autoritarismo" en todo intento de organización. En esa mezcla explosiva y extraordinariamente heterogénea, era evidente la escasa probabilidad que existía de un consenso generalizado en materia de organización. Las posiciones contradictorias se dibujaron claramente desde el principio. Desde mi punto de vista, entre las que probarían ser más corrosivas para el movimiento se pueden contar:

1. La horizontalidad organizativa —esgrimida como ideología— y la (in)eficiencia que se deriva de la (in)existencia de cuadros dirigentes.

2. El conflicto entre el quehacer local y las luchas globales a nivel nacional; la globalidad difusa y el localismo miope (hacer sólo y siempre "cosas concretas").

3. La rígida actitud autonómica frente a la vorágine incorporadora del Estado.

4. El interés de grupos sociales específicos (campesinos, trabajadores y colonos) frente al interés nacional, que no siempre convergen; es decir, el "ahora" inmediato de muchos grupos sociales *versus* el largo plazo y el porvenir de la Nación.

5. La "pureza" del movimiento o el

laberinto sin salida de las alianzas por sí mismas.

6. El rechazo absorbente y tajante a la nucleoelectricidad y la verdadera jerarquía y complejidad de los problemas ecológicos.

7. La imparcialidad partidista y la asunción de compromisos expresos ante los eventos políticos nacionales.

8. La devoción y energía dedicada al movimiento por los individuos y la supervivencia material de ellos y sus familias.

9. El crecimiento "hacia afuera", enfatizando la presencia ante los medios y ante la opinión pública en general y el crecimiento "hacia adentro", consolidando internamente las organizaciones.



Foto: Gerardo Suter.

10. El reconocimiento de la modernidad como proceso irreversible de integración y la evocación mistificada de hábitos y tecnologías de "las comunidades tradicionales" autosuficientes.

11. El reconocimiento explícito del problema demográfico y de la necesidad de políticas de control y las acusaciones de malthusianismo, racismo, genocidio, etnocidio, etc.

12. El paternalismo antropológico —"las comunidades siempre tienen razón"—, que considera a campesinos y colonos como el último eslabón de un mecanismo perverso y sin salida de explotación, o bien el liberalismo total, que pretende ver ciudadanos cabales con derechos y obligaciones comunes por encima de vínculos tradicionales, estamentos y atavismos.

13. La concepción eminentemente política y tecnológica del ecologismo y su interpretación como actitud personal, ética y aun espiritual.

A pesar de estas contradicciones iniciales, y debido a los motivos y al compromiso vital de unos pocos, se adoptó una agenda prioritaria de trabajo, conformada por temas de alcance global, tales como la defensa de las selvas tropicales de México, la lucha contra la contaminación atmosférica en el Valle de México y la oposición al proyecto nuclear de Laguna Verde.

No cabe duda que el Encuentro Nacional de Ecologistas significó un avance cualitativo sin precedente, ya que logró que entraran en contacto, y cooperaran entre sí, grupos y personas con ideas y actitudes afines en torno a temas bien definidos, con lo que se pudieron delinear convergencias, y anticipar divergencias. El encuentro también aumentó la presencia de los ecologistas en los

medios de comunicación, ampliándose así la difusión de sus actividades. A su vez, al marcarse las diferencias se dio un proceso paulatino de segmentación entre tendencias, que acabó por disolver virtualmente a la Red Alternativa de Eco-comunicación.

Es difícil tipificar las tendencias más representativas, debido a que se entrecruzaban dentro de los grupos, e incluso coexisten como facetas distintas de una sola personalidad. Sin embargo, trataremos de hacerlo con cuatro tendencias que pueden resultar ilustrativas.

La primera correspondería a personas y grupos de tradición basada en fuertes rasgos "libertarios" —o simplemente anarquistas—, más proclives a la demolición creativa que a proyectos consistentes de organización y actividad; en ésta puede ubicarse una de las corrientes más importantes que dieron vi-

da y catalizaron el movimiento antinuclear.

La segunda estaría integrada por grupos y personas de claros intereses conservacionistas, activamente preocupados por la conservación de especies y de sitios determinados; buena parte de ellos estaba marcado por influencias conservacionistas norteamericanas, algunos con importantes apoyos de fundaciones internacionales, y otros, con una clara vocación empresarial.

La tercera corresponde a grupos y personas formados en el ejercicio de la tecnología alternativa, muchos de ellos ligados a sectores populares suburbanos y campesinos, y otros más concentrados en colonias residenciales suburbanas, generalmente al sur de la ciudad.

Finalmente, la cuarta tendencia estaba conformada por un sector específico

de individuos y organizaciones que, sin desdeñar la conservación y la tecnología alternativa, deseaban dar una proyección política al ecologismo, tratando de convertirlo en una fuerza social, de opinión y de conciencia. Esta posición se nutría de la idea de que los problemas ecológicos se derivan precisamente de procesos sociales, económicos y políticos, que obligan a actuar en consecuencia. Aquí mismo, debe hacerse referencia al Grupo de los 100, que sin encajar totalmente en esta definición, ha manifestado afinidades importantes con ella. Su singularidad radica en su conformación a partir de intelectuales y artistas que, por su prestigio como tales, tienen buen acceso a los medios de comunicación y son importantes, como interlocutores con las autoridades. Debe destacarse, en esta composición y hasta ese momento, la virtual ausencia de los académicos: biólogos y ecólogos, que por razones poco claras aún, se cuidaron mucho de expresar públicamente sus opiniones y de mezclarse con los



“ecologistas”. Quedaron así cuatro simientes separadas que, aunque se habrían de tocar en múltiples momentos, tuvieron un desarrollo desigual y diferenciado. La intransigencia y falta de organización constructiva de los primeros, los llevó a diluirse en desconfianzas y recelos, hasta estancarse y actuar ocasionalmente, después de haber sido partícipes del inicio del movimiento antinuclear. La insensibilidad social y política de los segundos, como grupo, los llevaría a una situación de aislamiento, muy poco tiempo después de haberse aglutinado en la Federación Conservacionista Mexicana, de clara factura empresarial. Los terceros perseveran con un paso lento —ojalá seguro— debido a una natural tendencia a la soledad y a pensar y actuar siempre en pequeño.

De los cuartos y últimos nos ocuparemos enseguida con más detalle, dado que fueron el motor de gran parte de lo que se llamó “ecologismo”, siendo responsables de su ascenso, resonancia y actual reflujo.

Después del Primer Encuentro Nacional de Ecologistas —que impulsó y organizó esta corriente— aprovecharon la fuerza reunida y se lanzaron de lleno a construir lo que suponían debía ser una “fuerza social” ecologista, teórica y políticamente consistente, trabajando con intensidad sobre los temas señalados como prioritarios por el Primer Encuentro. Al mismo tiempo, buscaron extender su influencia, estableciendo contactos con otros grupos y apoyando reivindicaciones locales, mientras se desligaron del grupo denominado “Movimiento Ecologista Mexicano”, del cual se desprendería la “Alianza Ecologista Nacional”, para después cambiar de razón social y autonombrarse “Partido Verde”.

Ante el peligro de perder cohesión interna y prestigio, dada la confusión existente, los grupos ecologistas que nos ocupan requerían forzosamente de una identidad. Casi espontáneamente buscaron cobijo y unidad bajo la denominación informal de “Grupos Ecologistas”. El trabajo cotidiano y las orientaciones predominantes fueron separando a los elementos menos convencidos de los que sí lo estaban. Así lograron librar varias luchas importantes como por ejemplo: se logró influir decisivamente para cancelar la ampliación del aeropuerto de la Ciudad de México sobre terrenos del Proyecto Texcoco; se ganaron algunas batallas contra fraccionadores, se le dio forma a la lucha contra la contaminación del aire en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México; se perfilaron y conso-

lidaron actividades en defensa de las selvas tropicales de México, los bosques del Ajusco y la zona rural del Distrito Federal; se inició —para posteriormente ganarse— la defensa del agua de Montemorelos, Nuevo León, etc.

Los liderazgos fueron precisándose y adquiriendo mayor relieve, a pesar de algunos conflictos más o menos latentes, que resultan de las diferencias en actitudes y concepciones políticas de los dirigentes. La antinomia entre eficacia, horizontalidad y espontaneidad surgió enseguida, y comenzó a limitar las acciones de los “Grupos Ecologistas”. Conviene subrayar que, hasta entonces, se carecía de toda formalidad organizativa; las decisiones obedecían a consensos alcanzados penosamente o a la iniciativa de los líderes *de facto*. Por lo tanto, de ahí salió la idea de darle un cuerpo y una identidad más definida a esos “Grupos Ecologistas”, que lograra preservar al mismo tiempo, la autonomía de los diferentes grupos y cierta horizontalidad en las decisiones.

Bajo esta premisa se desarrolló el “Pacto de Grupos Ecologistas”, que en sus estatutos y principios intentaba satisfacer esos objetivos. Se estableció una estructura organizativa formada por co-

misiones, relativamente autónomas en sus decisiones, las cuales tendrían un coordinador. Las decisiones trascendentes se concentraron en la Asamblea, tratando de que éstas se tomaran por consenso, o en su defecto, por mayoría.

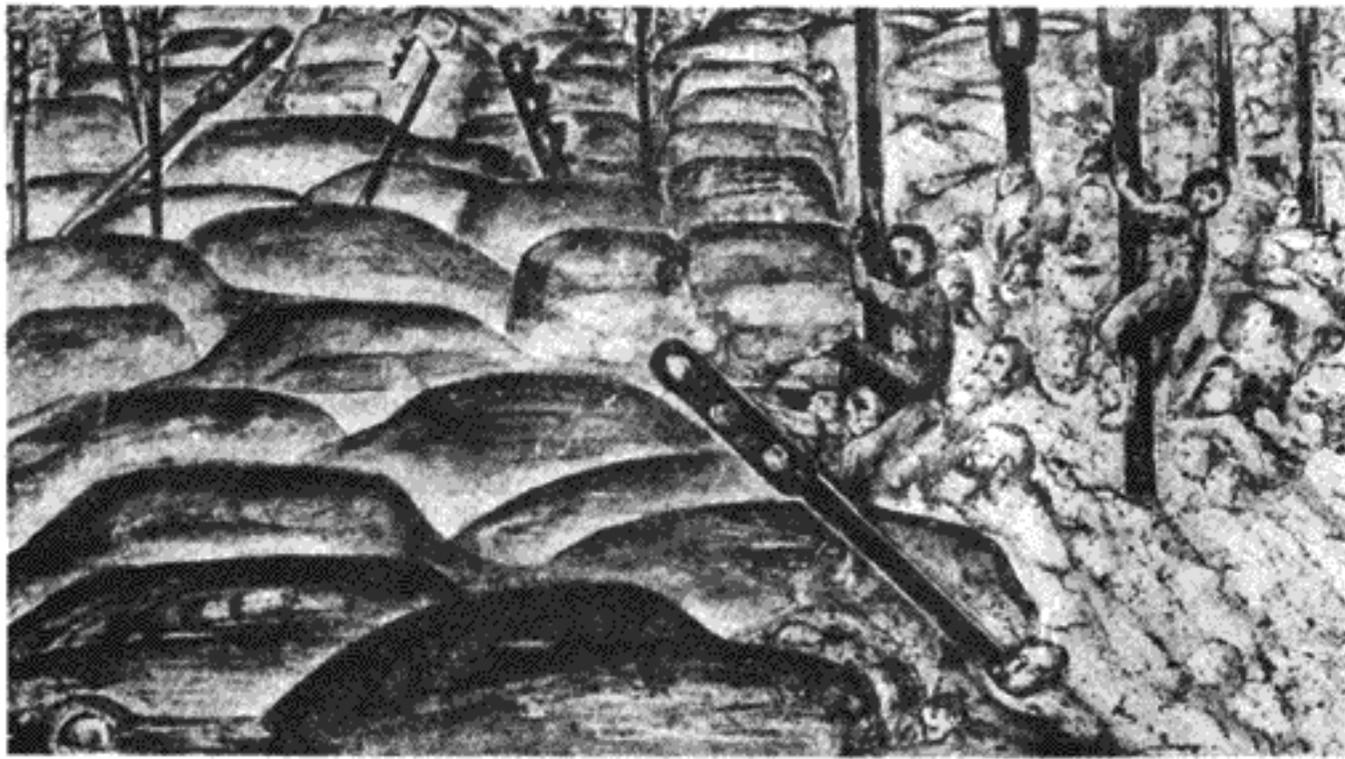
La estructura por comisiones simplemente vino a formalizar una realidad preexistente, pues se organizaron en torno a temas que se habían delineado a partir del Primer Encuentro Nacional de Ecologistas: las Selvas Mexicanas, el Ajusco, la lucha antinuclear y, en algunos momentos, la contaminación atmosférica, la Bahía de Acapulco y Montemorelos, N.L.

La fundación formal del Pacto tuvo lugar en agosto de 1986, y dio una nueva dimensión a la lucha ecologista en México. En un principio integraron el Pacto 16 grupos u organizaciones, entre los cuales figuraban varios de provincia; con el tiempo, el número de grupos integrantes habría de llegar a 60.

A pesar del avance que significaba la constitución formal del Pacto, persistían muchas lagunas y contradicciones, que finalmente precipitaron su disgregación.

No obstante y por el momento, el en-





tusiasmo cubrió todos los escepticismos, estimulado por los éxitos y alcances crecientes del movimiento.

Por aquellos meses —la primera mitad de 1986— cambió la administración en SEDUE, mientras que el DDF se abrió a las opiniones de los ecologistas. La mayor responsabilidad y receptividad de estas autoridades aglutinó y organizó las acciones de los grupos ecologistas y las encauzó —quizá excesivamente— dentro de ámbitos institucionales, como COPLADE en el DDF y múltiples canales en SEDUE, entre ellos la Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona, foros sobre Laguna Verde, actividades sobre la Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente y varios grupos de trabajo adicionales.

Paralelamente, el movimiento antinuclear ganó un impulso notorio, especialmente en el estado de Veracruz, donde varios integrantes del Pacto desarrollaron un labor decisiva de verdadera agitación y divulgación. El perfil del ascendente movimiento —dada su propia naturaleza y la de sus promotores— fue adquiriendo tesituras claramente emocionales, confinadas a oponerse irreductiblemente a la planta nuclear de Laguna Verde. Ello explica su considerable fuerza momentánea y sus limitaciones en cuanto a trascendencia temporal y alcances políticos, así como el impedimento para avanzar hacia posiciones más ricas e integrales de convergencia plena con los ecologistas, con lo cual el movimiento antinuclear fijó tajantemente sus límites.

Sin embargo, y sorteando en apariencia las dificultades, el Pacto continuó su trayectoria ascendente. Surgieron nuevas iniciativas para la defensa de las selvas

tropicales, para la mejoría de la calidad del aire en la ZMCM y con respecto al Ajusco, todas ellas con éxitos desiguales.

Las condiciones subjetivas del Pacto —relativas a las personas como tales—, en especial de sus líderes y sus más activos promotores, constituyen un dato esencial para entender el camino que siguió este conglomerado de activistas. La mayoría de ellos provenían de la clase media y eran profesionales de diversas disciplinas que prestaban sus servicios en diversas instituciones, y se dedicaban parcialmente al ecologismo, con la notable ausencia de biólogos. Al intensificarse las actividades ecologistas y al presentarse nuevos intereses y expectativas de vida, pronto se vieron envueltos en graves disyuntivas profesionales y personales, que, en varios casos, terminaron por resolverse abandonando el ejercicio pro-

fesional convencional, para dedicarse a vivir de actividades más compatibles. A ello obedeció la formación del Instituto Autónomo de Investigaciones Ecológicas, el cual prestó servicios de investigación y consultoría en materia ambiental. En otros casos, las disyuntivas y contradicciones se resistieron sin llegar a la ruptura, lo que condicionó total o parcialmente la energía personal dedicada al movimiento.

No hay que perder de vista que la falta de cuadros profesionales provocó una severa restricción económica y de militancia, misma que habría de ser determinante para explicar su eventual retirada. Tal restricción adquiere una perspectiva notable si se considera que, en realidad, siempre fueron muy pocos individuos precisamente con esas características los responsables del movimiento.

Debe consignarse el hincapié que hizo el Pacto por dar solidez intelectual al movimiento, sistematizando ideas y proponiendo —quizá presuntuosamente— una alternativa de desarrollo para el país "socialmente justa y en armonía con la naturaleza". Por ello se llevó a cabo un ambicioso proyecto editorial a partir de la revista *ECOLOGÍA política/cultura*, la primera publicación ecologista formal de México, que intentaba ser un medio de información para la opinión pública en general. La revista fue también un medio de cohesión política, pues a través de ella se entablaron relaciones con perso-



Foto: Pablo Ortiz Monasterio.



Foto: Mariana Yampolsky.

nalidades e instituciones del sector académico. La revista sobrevivió dos años —de 1986 a 1988—, editando siete números en los que participaron muchos investigadores y ecologistas de las diferentes tendencias ya tipificadas. A pesar del gran mercado potencial que parecía tener, las deficiencias en su manejo determinaron que nunca fuera autofinanciable y dependiera, en gran medida, de las aportaciones de un grupo reducido de personas. La revista vio nacer y desenvolverse muchos de los mejores empeños de los ecologistas, recogiendo inquietudes, iniciativas, planteamientos y experiencias; sin duda, aceleró la reflexión en torno a los problemas ecológicos de México y América Latina, facilitando la generación y discusión de ideas. Este medio dio vida al proyecto intelectual más ambicioso de los ecologistas: "El Primer Manifiesto a la Nación", que integra y sistematiza diagnósticos y planteamientos sobre el desarrollo del país y sus relaciones con el medio ambiente y los ecosistemas.

ECOLOGISTAS EN RETIRADA

El año de 1988 marcó una declinación de los ecologistas como fuerza organizada. Se dieron roces y conflictos que precipitaron la ruptura del Pacto con la dirigencia de la Federación Conservacionista Mexicana (FECOMEX) —representativa de la segunda tendencia— con la cual se había mantenido una relación cada vez más lejana y tensa. Casi simultáneamente, algunos antinucleares acusaron a los más activos promotores del

Pacto de "colaboracionistas" con el gobierno, mientras que, paradójicamente, a ojos de algunos conservacionistas aparecían como "grillos" de izquierda.

Por otro lado, las restricciones económicas llegarían a extremos críticos, afectando a muchos individuos clave para el Pacto, lo que limitaría la energía y los recursos puestos en el movimiento. El vacío que dejaron se fue llenando poco a poco con el discurso y las acciones antinucleares, lo que llevó a que las actividades del Pacto perdieran riqueza y alcances. En este creciente desorden, los acontecimientos políticos generados en torno a las elecciones del 6 de julio de 1988 catalizaron la descomposición de la organización, activando las contradicciones latentes, nunca resueltas después del Primer Encuentro Nacional de Ecologistas. La polarización no tardó en llegar, y se reflejó en un desgarramiento progresivo.

El cardenismo caló hondo entre varios militantes del Pacto, lo cual hubiera podido ser inocuo para la organización, e incluso enriquecerla. Sin embargo, al caer sobre tierra abonada por el resentimiento, condujo a posiciones irreconciliables.

Incidentes provocados y fortuitos respecto al sonado desalojo de Lomas del Seminario (asentamiento ilegal producto de invasiones y ventas fraudulentas en una zona de reserva ecológica al sur de la Ciudad de México), pusieron al descubierto intolerancias y deslealtades y al

trascender a la prensa, liquidaron los últimos vestigios de solidaridad y cohesión entre los grupos en pugna. La mayor parte de los grupos e individuos fundadores del Pacto se separaron de él. Afortunadamente, el generoso proyecto que representaba el Pacto de Grupos Ecológicos, todavía hoy, permite que algunos lo habiten y encuentren cobijo entre sus ruinas.

BALANCE Y PERSPECTIVAS

Nadie es dueño del ecologismo: éste surge, florece y decae sin mayores trámites y con naturalidad absoluta, esperando mejores tiempos para desarrollarse. El fin de esta primera etapa sólo significa la terminación de un

proceso formativo y previsible. Sin embargo, a pesar de frustraciones y grandes limitaciones, los resultados que se han obtenido son satisfactorios y están a la vista:

1. La ecología es un tema prioritario en la agenda nacional.
2. Se ha avanzado en la conceptualización correcta de los problemas, lo cual, incluso, ha quedado plasmado en reformas constitucionales y en la Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente.
3. Cada vez un mayor número de actividades, proyectos y posiciones políticas asumen planteamientos ambientales.
4. La palabra "ecología" ha adquirido carta de naturalización en el lenguaje popular, con significados variables y poco definidos si se quiere, pero con una intuición clara de lo que implica.
5. Se han establecido puentes importantes entre las personas y organizaciones preocupadas por el ambiente y los sectores académico y político.
6. Se han generado iniciativas y proyectos de conservación, protección ambiental y desarrollo integral que, si bien han tenido un éxito raquítico, representan el inicio de un proceso esperanzador.
7. Las inquietudes y demandas ecológicas de la población han enriquecido la

Momentos importantes del desarrollo del Ecologismo en México.

Año	Evento	Lugar	Grupo, organización o persona
1974-1976	Lucha contra los desmontes de Uxpanapa	Uxpanapa, Ver	Arturo Gómez Pompa
1977-1979	Lucha contra el reactor nuclear experimental de Pátzcuaro	Pátzcuaro, Mich.	Organizaciones ribereñas
1977-1979	Lucha contra los ejes viales	Col. del Valle D.F.	Brigadas Verdes
1983	Lucha contra el fraccionamiento "Jardines de la Montaña"	Tlalpan, D.F.	Asociación Ecológica Coyoacán
1983	Manifestaciones contra el reparto agrario del Desierto de los Leones	D.F.	Asociación Ecológica Coyoacán
1984	Formación de la red alternativa de Ecocomunicación	D.F.	Diversos grupos y personas
1985	Frente común de grupos ecologistas contra el Programa de Reordenamiento Urbano y Protección ecológica del D.F.	D.F.	Grupos ecologistas del Distrito Federal
1985	Integración de la Federación Conservacionista Mexicana	D.F.	Grupos conservacionistas y ecologistas
1985	Primer Encuentro Nacional de Ecologistas	D.F.	Grupos Ecologistas de varios estados
1985	Articulación de los grupos ecologistas	D.F.	Diversos grupos y personas
1986	Fundación del pacto de grupos de ecologistas	D.F.	Diversos grupos y personas de varios estados
1987	Climax del movimiento	Veracruz-D.F.	Movimiento antinuclear
1986-1988	Edición de la Revista ECOLOGÍA Política/Cultura	D.F.	Asociación Ecológica Coyoacán /Pacto de Grupos Ecologistas
1988-1989	Desmantelamiento del pacto de grupos ecologistas	México	Varios grupos y personas

participación y han fortalecido a la sociedad civil.

Como contraparte, la labor de los ecologistas arrastra un grave pasivo, debido básicamente a la disgregación de un buen número de sus principales exponentes. Muchos permanecerán esperando tiempos mejores, y es de esperar que cuando llegue el tiempo de reflexionar fríamente, más con la cabeza que con el corazón, la experiencia acumulada se traducirá en madurez, tolerancia y mayor capacidad organizativa.

Las semillas han sido sembradas profusamente y quizá germinen, aportando nuevas energías al ecologismo. Los jóvenes académicos que asumen actualmente responsabilidades, prometen aportar un gran refuerzo en este sentido. Quizá el ecologismo deje de ser una actitud concentrada en una sola fuerza social, cuantitativa y, más bien, pase a ser una preocupación generalizada y compartida, presente en todas las acciones de instituciones, organizaciones sociales y partidos políticos.

Es difícil anticipar los acontecimientos. El ecologismo es algo escurridizo y

amorfo para el analista social y sus métodos convencionales; sus "intereses" y su lógica son diferentes a las de otros grupos. En alguna medida, "su reino no es el de este mundo", el mundo de las reivindicaciones materiales y políticas; se mueve en una dimensión diferente a la establecida, con reglas también distintas y aún no del todo esclarecidas. En realidad, "su reino" va más allá y requiere de una solidaridad a ultranza, a muy largo plazo, lo que hace su análisis lleno de categorías, todas fuera del alcance de las herramientas y modelos habituales. Esto les ha dado y les dará una gran movilidad, pero en espacios hasta hoy vírgenes; sus alianzas con grupos sociales de interés son y serán volátiles y sus expectativas difíciles de conciliar con las de otros sectores.

Los ecologistas deben lograr que el territorio nacional y el planeta dejen de ser el escenario inerte de la historia; a través de ellos los ecosistemas adquirirán derechos propios, y no figurarán sólo como subproducto del interés de grupos específicos.

Por encima de las reivindicaciones de los sectores tradicionales, está el su-

premo interés de la Nación y del planeta por preservar las bases mismas de su existencia, su diversidad y belleza. La clave estaría en ser políticamente exitosos sin comprometer la dirección y la esencia del trabajo ecologista. La experiencia en otros países muestra cómo el ecologismo mantiene su identidad y se aproxima con cautela a los actores políticos tradicionales y a sus procesos normales de interacción.

Mucho falta, tanto en la reflexión como en la práctica, para ubicar correctamente al ecologismo y establecer sus formas de interacción con los movimientos sociales convencionales. Su naturaleza fluída impregna y tiñe, a veces es un medio de contraste o de cohesión y a veces, también, al contacto con otros factores, precipita en grupos y conglomerados identificables, luego los disuelve y vuelve a fluir. Mientras fluya, ya sea apaciblemente o en torrentes desordenados, y forme cauces y cuencas cada vez más anchos, habrá esperanza para los que, efectivamente, no tienen voz: las generaciones humanas que no han nacido y el infinito número de especies animales y vegetales con quienes compartimos el planeta. ▣